

tar y crear. El cronista sacerdote, Fernández de Piedrahita, expresa con terrible candor el propósito irrenunciable de «la extirpación de la idolatría arraigada por tantos siglos en la barbaridad de los naturales».

La creación del Nuevo Mundo fue cataclísmica y de ella surge un hecho humano nuevo. En menos de un siglo los españoles, los indígenas y los africanos se hacen hermanos en Cristo y descendientes espirituales de Abraham, de Moisés y de los Padres de la Iglesia. Es así como se forma la base principal del rico fenómeno de la simbiosis cultural que le dará una comunidad espiritual a ese nuevo avatar de viejas culturas separadas.

El Nuevo Mundo, con todas sus peculiaridades y matices, se hizo cristiano y parte de la cultura de Occidente, lo que definirá para siempre su identidad y su destino. Así se formó el limo nutricio del que habían de brotar el Inca Garcilaso, Simón Bolívar, Benito Juárez y Rubén Darío.

El 12 de Octubre de 1492 no sólo comenzó un Nuevo Mundo en América, sino que todo el resto del planeta empezó a experimentar el mayor cambio de toda su historia.

Los historiadores de la ciencia, del pensamiento, de la economía y de la sociedad, han dicho la inmensidad de esas novedades.

En el nacimiento del capitalismo financiero y de los modernos sistemas monetarios está la avalancha de metales preciosos americanos. Miles de toneladas de oro y plata desbordaron el marco estrecho de las transacciones medievales para crear un mercado financiero transnacional.

El desarrollo de la población de Europa, que hizo posibles las grandes concentraciones urbanas, la consolidación nacional y el desarrollo posterior de la revolución industrial, tiene en su base no sólo una ampliación mundial del mercado, sino el cese definitivo de las hambrunas que habían diezmando a la gente europea durante siglos. Algunos protagonistas no-humanos del hecho americano, como el maíz y la papa, explican y determinan este hecho. Desde los hábitos alimentarios hasta los usos sociales se transforman con la presencia del tabaco, el cacao, el caucho, la quina, el palo Brasil. Esa guacamaya roja y ese indio emplumado, que aparecen en la abigarrada decoración de los pintores barrocos, anuncian espectacularmente esa presencia definitoria.

Porque surge la noción de América y de su novedad va a cambiar la ciencia y el pensamiento de Occidente. La visión misma del planeta y del cosmos tiene que abandonar la ingenua máquina cosmológica de Ptolomeo para aceptar la concepción heliocéntrica del sistema planetario, con todas sus inmensas consecuencias de todo género.

Los nuevos climas, los nuevos cielos, la realidad de los Antípodas, la inagotable variedad de plantas y animales nunca antes conocidos, van a provocar dudas y debates y a conducir a nuevas concepciones. ¿Estuvieron aquellos animales desconocidos en el Arca de Noé, y, si lo estuvieron, cómo llegaron a desaparecer del Viejo Mundo?

Los avances de la ciencia en el siglo XIX muestran raíces americanas. El libro de Acosta, el viaje de Humboldt, la llegada del *Beagle* a la costa austral americana y a las Galápagos, son los antecedentes decisivos de la formulación de la doctrina del origen de las especies por Darwin.

La idea de Independencia y la de revolución, que han dominado la historia del mundo moderno tiene su origen en la experiencia americana. La utopía es americana. La carta

de Colón y las publicaciones de los primeros divulgadores del hecho van a sacudir el pensamiento europeo. Se ve claro en Montaigne el efecto devastador de aquella revelación mal comprendida.

El libro de Tomás Moro es, paladinamente, la consecuencia ideológica de la primera visión del mundo americano. Moro, canciller y santo, mira con repugnancia el cuadro de su Inglaterra contemporánea. La pobreza, la injusticia, la guerra, el odio, las luchas de poder no han servido sino para engendrar infelicidad para todos. Rafael Hitlodeo, su protagonista, le confirma lo que Colón y Vespucci habían anunciado, que había otro mundo donde los hombres vivían en la paz, en la abundancia, en la justicia y en el bien. La conclusión era inevitable, los europeos, en muchas formas, habían extraviado el camino y se habían condenado a vivir en una forma de sociedad abominable.

Hace años el historiador de las ideas Paul Hazard habló con mucha autoridad, a este respecto, de la crisis de la conciencia europea, que no es otra cosa que la desgarrada y dolorosa reflexión que sobre la propia condición la visión del buen salvaje plantea a los pensadores del Renacimiento. De esa contradicción fundamental entre lo existente y lo posible se va a nutrir el pensamiento revolucionario que culminará en la Ilustración con Rousseau y los Enciclopedistas, y con el gran rito bautismal y sangriento de la Revolución Francesa. En esta forma, Robespierre, Marx, Lenin y Mao son los extraños epígonos de la reflexión sobre el Descubrimiento.

Ha predominado la tendencia a considerar la historia de las ideas políticas desde una perspectiva europea. Sin embargo, la primera vez que se plantea la idea de Independencia y que en un documento histórico fundamental se invocan como verdades evidentes e irrefutables que «todos los hombres nacen iguales, que han sido dotados por su creador de ciertos inalterables derechos, entre los que están la vida, la libertad y la busca de la felicidad», ocurre en tierra americana y es allí también donde, en el Preámbulo de la primera Constitución escrita del mundo, aparece un personaje que asume su insólita presencia con estas palabras que tanto habían de resonar en todos los rincones de la tierra: «Nosotros el pueblo...».

Nada de lo que existe hoy como civilización, como política, como pensamiento, no es consecuencia, en alguna forma, del gran suceso que tiene como punto de partida el viaje colombino. Desde las artes hasta las ciencias, desde las ideologías hasta las costumbres, desde la noción del universo hasta el concepto mismo de humanidad.

Reducirlo a un solo aspecto, simplificarlo en una de las infinitas facetas que revistió y sigue revistiendo, en un suceder que alcanza al medio milenario, es condenarse a no comprenderlo. Rebajarlo a las elementales nociones de un descubrimiento y una conquista es mutilarlo y deformarlo hasta hacerlo irreconocible. Descubrimiento hubo, ciertamente, de una manera transitoria y parcial, conquista también con todas las terribles, inhumanas o demasiado humanas, consecuencias, pero esto no fue sino parte, acaso necesaria e inevitable, de un inmenso proceso que no tiene paralelo en la historia.

Hubo una cruenta etapa de conquista. Esta sola palabra despierta atroces evocaciones en la memoria de los pueblos, particularmente de los más débiles, pero también junto al hecho, que desgraciadamente no fue el primero ni el último, de imposición por la fuerza de una nación sobre otras, fue, egregiamente, la ejemplar ocasión en la historia

en la que una potencia conquistadora se detiene en su ímpetu para reflexionar sobre la legitimidad y justicia de lo que está haciendo.

El debate de Valladolid, en 1552, y las disposiciones reales que se derivaron de él, constituyen la primera ocasión en que un gran poder expansivo hace alto para resolver problemas de justicia y de conciencia que el hecho le plantea. Es allí donde, por primera vez, se proclama al más alto nivel de Estado que «todas las gentes son naciones», que todas las naciones tienen derechos que deben ser respetados y que constituyen una comunidad internacional y, lo que no es menos importante, que aquellos remotos y desconocidos indios tenían por ser hombres los mismos derechos de los conquistadores. ¿Habrá algún ser humano hoy en la tierra que esté dispuesto a desconocer y rechazar esa herencia?

La humanidad en pleno es la que ha de convocarse a sí misma para conmemorar con toda dignidad los cinco siglos de esa fecha simbólica en toda la plenitud de sus significaciones, sin excluir ninguna de ellas, y sin tampoco reducirla a una sola de sus peculiaridades.

A las alturas del 12 de Octubre de 1992 ya no pueden sonar tanto a hipérbole las palabras iluminadas que el clérigo historiador dirigió a Carlos V, al borde de la blasfemia: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Mundo Nuevo».

Arturo Uslar Pietri